

A stream of numerous red, glossy hearts of various sizes falls from a silver hose nozzle at the bottom right. The hearts are scattered across the white background, creating a sense of motion and abundance. The hose is tan with a red stripe and is partially visible at the bottom right corner.

Megan
Maxwell
Melocotón
loco

Melocotón loco



Melocotón loco

Megan Maxwell



Esencia/Planeta

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la cubierta, Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Megan Maxwell, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2014
Segunda impresión: enero de 2014

ISBN: 978-84-08-03906-8
Fotocomposición: Tiffitext, S. L.
Depósito legal: B. 27.603-2013
Impresión y encuadernación: EGEDSA

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

*Esta novela está dedicada a todas las personas que creen en el flechazo.
No hay nada más bonito que ese mágico momento.
¡Va por vosotras! Besotes*

Megan





Londres, 22 de junio de 2005

—Pato... ¡Ven! ¡Te quiero enseñar algo! —gritó Lucy, abriendo la puerta de la habitación de su hermana.

—¡Jolín, Nana!, ¿por qué entras sin llamar? —protestó con gesto de sopor la otra mientras dejaba el espejo que tenía en las manos.

Lucy, al ver lo que su hermana estaba haciendo, se acercó y le dijo con cariño:

—No te preocupes. Mañana estarás ¡súper! Seguro que el doctor Jacobs hizo un buen trabajo y no se te notará la cicatriz.

Pato, cuyo nombre era Ana Elizabeth, sonrió. Lo que menos le preocupaba era llevar un apósito en la frente el día de la boda de Lucy; ni siquiera si la cicatriz se notaría con el paso del tiempo. Le preocupaba cómo se había herido. Algo que no había contado.

—Ven, ven, ven... Me acaban de traer el vestido de novia y quiero que lo veamos juntas.

—¿Ahora?

—Sí, ahora —le exigió Lucy—. Mamá y Elsa lo han subido a mi habitación y..., y... ¡Venga, vamos!

Dejándose llevar por la euforia de su hermana, Ana sonrió y corrió hasta la habitación de Lucy. Una vez que llegaron ante la puerta, esta última se paró y, tapándose los ojos, dijo en tono implorante:

—Abre tú, y antes de que yo pueda verlo, dime si es tan bonito como lo era la última vez que me lo probé en París.

—Pero Nana... —protestó Ana.

—Hazlo, hazlo, hazlo... Pato, por favorrrrrrrrrrrrr.

Ana, tras suspirar con resignación por el empeño fraterno, abrió

la puerta. Frente a ella, colgado por una percha de la cortina, estaba el objeto de adoración de su hermana. Su vestido de novia. Durante unos segundos lo observó, y aunque a ella no le gustaban mucho aquellos trajes tan pomposos, sonrió. Lucy estaría preciosa con aquel vestido de corte imperio en color blanco roto.

—Es precioso. Vas a estar muy guapa.

Entonces, la futura novia se quitó la mano de los ojos, entró en la habitación y, después de dar unos pequeños saltitos, muy típicos de ella, comenzó a chillar.

—¡Me encanta, me encanta! ¡Oh Diosssssssss, voy a estar guapísima!

—Sin duda —sonrió Ana, a quien si algo la diferenciaba de su hermana era el egocentrismo.

Incapaz de contener la alegría, la joven siguió saltando, hasta que volvió a decir:

—¿Te he dicho ya que me encanta, me enloquece y que adoro mi vestido de Balenciaga?

—Sí.

—Stephanie y Myrian se van a morir de celos cuando lo vean.

Ana asintió. Esas chicas eran las mejores amigas de su hermana, unas muchachas tan pijas y superficiales como ella, a las que sólo les interesaba estar guapas, la moda y los hombres. Por ese orden.

—Ven..., tócalo. ¿A que tiene un tacto increíble?

—Sí, increíble.

—Y mira el velo. ¡Ohhh, voy a estar espectacular con el velo!

Durante más de veinte minutos, Lucy gritó y saltó ante su vestido de novia mientras Ana, sentada en la cama, escuchaba y disfrutaba de aquella locura. Lucy era escandalosa y, en ocasiones, estresante, pero sabía que cuando se separaran incondicionalmente la echaría de menos. Cuando por fin la futura señora Edwards se tranquilizó, se sentó junto a su hermana y preguntó:

—Pato, ¿vas a arreglar las cosas con Warren?

—No.

—¡Caray!, debes hacerlo.

—No —respondió Ana con rotundidad—. Y no vendrá a la boda. Se lo he prohibido.

Con los ojos como platos, Lucy exclamó:

—¡Mamá se pondrá furiosa cuando lo sepa! Adora a Warren y...

—Mira, Nana, lo nuestro se acabó. Y por mucho que mamá adore a Warren, no es ella quien lo tiene que soportar. —Y mintiendo, se rascó la oreja mientras decía—: Ambos estamos de acuerdo en romper nuestra relación, y no quiero verlo.

—Vamos a ver..., piensa —insistió Lucy—. Warren es guapo y tiene una posición de escándalo, y...

—Warren no es lo que yo quiero en mi vida, Nana —suspiró su hermana, molesta.

—Pero él y sus padres son amigos de toda la vida y...

—Espero que lo sigan siendo, aunque yo no quiera volver a verlo —aclaró—. Y por favor..., ayúdame a que los papis lo entiendan, aunque, bueno, ya cuento con el histerismo de mamá.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido para que rompas con el guapísimo Warren?

—Nana —dijo Ana, clavando los ojos en ella—, no quiero hablar de eso.

Lucy abrazó a su hermana. Era la mejor, a pesar de que muchas de sus amigas la considerasen un bicho raro porque no le gustara el rosa ni ir a la peluquería todos los días.

—Vale, soy una pesada. —Ana, por fin, esbozó una sonrisa, y entonces Lucy le preguntó—: ¿Cuándo piensas contarles a papá y mamá tus planes?

—No lo sé.

—¡Jopelines, Patoooooooooooooo!

—Es que no encuentro el momento y no quiero jorobarte la boda.

—Tienes que decírselo ya. Mañana me caso, me iré de viaje de novios y no estaré aquí para apoyarte.

—Lo sé.

Ana sonrió de nuevo. Adoraba a su hermana aunque no tuvie-

ra nada que ver con ella y su manera de ver la vida. Pensó en decirle la verdad sobre Warren, pero al final decidió ahorrarle el sufrimiento.

—Debes decírselo hoy.

—Vale, vale...

Lucy la miró y asintió.

—No te preocupes, Pato; lo entenderán, seguro. Mamá nos deleitará con uno de sus numeritos histéricos llenos de hipos y expresiones como «qué dirán», pero papá te comprenderá y la calmará. Ya lo verás.

—Eso espero. —Y tras mirar de nuevo el vestido de novia, preguntó—: ¿Estás segura de que Christopher es el chico de tu vida?

—Sí, segurísima.

Christopher Edwards, su futuro cuñado, no era objeto de devoción de Ana. Era demasiado simple y dócil para Lucy. En los dos años de relación que llevaban, había intentado hablarlo con ella, pero estaba embelesada por aquel guapo joven que trabajaba con su padre. No había nada que hacer.

—Sólo tienes veintiún años, Nana. ¿Por qué tanta prisa por casarte?

—Porque quiero ser una novia joven, guapa y divina.

A Ana no le sorprendió esa contestación, así que, tras poner los ojos en blanco, prosiguió:

—Todavía estás estudiando. No has viajado, no has vivido. ¿Por qué casarte tan pronto?

—Pero ¿tú has visto ese vestido de Balenciaga? ¿Te parece poco cortarte las alas por un vestido así?

—¡Oh, Dios, Nana..., no tienes remedio!

—Venga, va..., lo quiero, quiero mi grandiosa fiesta, el viaje de novios, el vestido espectacular, mi independencia de los papis, ¿te parece poco?

—¿Y él te quiere a ti?

Sin tener intención de ofenderse, la futura novia se levantó de la cama y, señalándose a sí misma, siseó:

—¿Cómo no me va a querer? ¿Tú me has visto? ¿Has visto cómo me quedan estos vaqueros de Versace con los zapatos Jimmy Choo?

—Sí, hija, sí. Yo te he visto, pero ¿quieres hacer el favor de contestar a lo que te estoy preguntando?

Retirándose su sedosa melena, tan diferente del pelo corto de su hermana, la orgullosa y futura señora Edwards respondió:

—Te voy a contestar como yo lo veo. Soy la hija del director general de la BBC, Frank Barners. Mis medidas son perfectas. Soy guapa, joven y estilosa. Mi cutis es terso y sin un solo poro abierto. Mi pelo, sedoso y cuidado. No tengo piel de naranja, ni estrías, ni nada que desentone con mi estilizado y cuidado cuerpo. Utilizo la 34 de los mejores modistos, y soy divertida y locuaz. ¿Qué más puede pedir?

Sin sorprenderse por la perorata, Ana pensó eso de «Modesto baja... que Nana sube», pero, tocándose el apósito de su frente, sonrió. Iba a contestar cuando la puerta se abrió y aparecieron sus padres, Frank y Teresa. Lucy, olvidando la conversación que mantenía con su hermana, corrió hacia su progenitor y gritó:

—¡Papá, mañana voy a estar despampanante. El vestido de Balcenciaga es el traje de novia más bonito que he visto en mi vida!

Frank Barners, un elegante y caballeroso hombre de negocios, intercambió una mirada con su hija Ana, que le sonrió.

—Creo que tú superas en belleza al vestido, preciosa Lucy —comentó.

—¡Gracias, papiiiiiiiiiiiii! —exclamó la aludida.

—Nana..., no es por nada, pero mira que te gusta que te regalen los oídos —se mofó Ana ante la lisonja de su padre.

—Pato, ¿celosa? —preguntó Lucy.

Entonces intervino Teresa Domínguez, que mirando a su hija mayor, soltó:

—A ver cuándo dejáis de llamaros por esos horribles apelativos. ¡Pato y Nana! Cuántas veces os he dicho que os llaméis por vuestros nombres, Ana Elizabeth y Lucy Marie. —Y sin esperar a que respon-

dieran, prosiguió—: Por cierto, Ana Elizabeth, ¿te encuentras bien, cariño?

—Sí, mamá. No te preocupes.

—¡Qué fatalidad! Mira que caerte días antes de la boda —se lamentó la mujer.

Preocupado, Frank se acercó a su hija, y tocándole la cabeza mientras observaba el apósito que llevaba en la frente y la pequeña hinchazón en el pómulo, le preguntó:

—No te mareas, ¿verdad?

—No, papá, en serio. Y tú, mamá, tranquila. He hablado con Karen, la maquilladora, y me ha dicho que lo del pómulo mañana ella me lo disimula.

—Hija..., lo que nos preocupa es que estés bien —aclaró su padre.

—Lo estoy —respondió sonriendo—. Y mañana para la boda estaré mejor.

—Por cierto, Ana Elizabeth —dijo su madre, cambiando el tono—, acabo de hablar con Warren Follen y me ha dicho que no va a venir a la boda. ¿Tienes tú algo que ver en esto?

La interpelada, retirándose el flequillo hacia un lado, miró a su madre.

—Por supuesto que tengo que ver, mamá. Hemos roto y le he dicho que no quiero que venga a la boda. ¿Algún problema?

—Alguno no. ¡Muchos!

—Querida... —advirtió Frank a su mujer.

Pero Teresa omitió aquella llamada de atención y gritó, encarándose a su hija:

—¡No sé qué tienes en la cabeza además de pajaritos! Warren y sus padres son gente influyente aquí en Londres y amigos de toda la vida y..., y no me parece bien que él no venga. Además, piensa: ¡tu hermana pequeña se va a casar antes que tú!

Aquel comentario consiguió que Ana soltara una carcajada y, sin importarle el gesto de su madre, replicó:

—Mamá, que sólo tengo dos años más que Nana. ¡Veintitrés! Cualquiera que te oiga va a pensar que...

—Exacto. Pensarán que eres una joven amargada y una futura solterona. Y asímelo, tú nunca has tenido la facilidad de Lucy Marie para comunicarte con los demás, y...

—Sí, mamá, lo sé. Ella es la hija guapa y yo la fea. Lo sé..., lo sé...

—Tú no eres fea —protestó Lucy, intercediendo por su hermana.

—Pero ¡qué tonterías estás diciendo, mujer! —gritó Frank al escuchar a su esposa—. ¿Quién ha osado decir que mi Ana es fea? Simplemente, son dos jovencitas diferentes. Nada más.

—Papá, no te preocupes —dijo Ana riendo, pero su madre no se dio por vencida.

—Yo no he dicho ni diré nunca que Ana Elizabeth sea fea. No lo es. Pero mírala. ¿Crees que alguien se fijaría en ella?

Frank desvió la mirada hacia sus hijas y sonrió. Lucy era todo color, feminidad, sedosos rizos claros, glamour y pestaños, y Anna era vaqueros, pelo corto y oscuro, y gafas retro. Dos estilos muy diferentes de mujer.

Ana, divertida con los gestos de sus padres, fue a decir algo, pero su madre se le adelantó:

—¿Cómo se te ocurre romper con Warren justo ahora? Es un excelente partido. Su padre es un miembro activo de la Cámara de los Lores y...

—Mamá, que eso a mí ni me va ni me viene. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que yo no doy la prioridad que tú das a ciertas cosas? —se quejó.

—Warren es rico —continuó su madre, sin embargo—, de una buena familia, apuesto, te quiere tal y como eres, y tiene sus propias empresas. ¿Qué más puedes pedir?

—Otras cosas, mamá. Otras cosas —murmuró, desencantada.

Su padre la miró con mimo. Percibir tristeza en los ojos de su hija lo estaba matando. ¿Qué le ocurría?

—No sé por qué has roto con él. Repito que Warren es un excelente partido; además, lo conocemos de toda la vida y sabemos que te cuidará como a una reina.

Tomando una bocanada de aire, Ana resopló. El maravilloso Warren sólo tenía de maravilloso el nombre.

—Mira, mamá, ese maravilloso Warren al que adoras —siseó con rabia— ¡no! entra en mis planes. Por lo tanto, tema zanjado, y no insistas porque no hay marcha atrás.

Entonces, Teresa se sentó dramáticamente en la silla que había al lado del vestido de Balenciaga y gimió. Warren era un magnífico candidato para su hija y no pensaba dejarlo escapar.

Ana, conmocionada todavía por lo ocurrido pero convencida de que aquél era el mejor momento para dar la noticia que tenía que dar, miró a su hermana, y ésta asintió. Se puso a su lado y le dio la mano. Aquel gesto a Frank no le pasó desapercibido.

—Ahora que estamos aquí los cuatro, quiero deciros una cosa importante.

—¿No estarás embarazada?! —la interrumpió su madre.

—¡Mamá, por favorrrrrrrrrr! —exclamó. Y mirándola, le preguntó a modo de reto—: Y si lo estuviera, ¿qué? ¿Sería un pecado?

—¡Sería vergonzoso! —gritó la mujer, histérica.

—Venga ya, mamá, por favor.

—Dime al menos que es de Warren —rogó, esperanzada.

—No, mamá.

Teatralizando como en las mejores tragedias de Shakespeare, Teresa chilló:

—¡Por el amor de Dios, Frank! ¡No es de Warren! La niña, embarazada y soltera. Esto es un desastre. Seremos la comidilla de todo Londres.

Ana sonrió. Su madre y sus histerismos... Pero al ver el gesto de su padre negó con la cabeza, y éste, aliviado, asintió. Lucy resopló. Su madre era una histérica, pero su hermana era una puñetera. Incapaz de quedarse sin hacer o decir nada, la miró y siseó:

—Haz el favor de no meter más cizaña, monina. Dile a mamá que eso no es verdad, o le dará un patatús, y en vez de estar mañana en una boda estaremos en un funeral.

—Escúchame, mamá —aclaró Ana—: no estoy embarazada.

Sólo quería comentaros a ti y a papá que necesito hacer un cambio en mi vida. Y por ello, el mes que viene me traslado a vivir a España.

—¿Que te vas a España?! —chilló, histérica, Teresa.

Frank asintió con la cabeza y cogió a su mujer de la mano mientras su hija proseguía:

—He encontrado allí un puesto como fotógrafa en una revista de moda y...

—¡No puede ser! —gimió de nuevo Teresa—. Tú tienes que casarte, tener hijos y...

—¡Basta ya, mamá! —gritó Ana, cada vez más enfadada—. ¿Pretendes llorar y montar un numerito por todo lo que diga?

—¡Ay, Ana Elizabeth, con esa manera de ser tuya, estás tirando por tierra todos los planes que tenía para ti! Pensaba que te casarías con Warren, tendrías niños preciosos, tomaríamos el té juntas y vivirías en Kensington, en un hogar bonito y luminoso.

—Pues lo siento. Tengo mis propios planes para mi vida —afirmó la joven.

Frank fue a hablar, pero su mujer se le adelantó a gritos:

—¡Tú no necesitas trabajar en una revista! Tu padre y yo te hemos dado los mejores estudios! ¡Eres abogada! Hablas tres idiomas. ¿Por qué vas a trabajar como fotógrafa?

—Porque es lo que me gusta, mamá. Y si terminé la carrera fue porque tú querías, no porque yo lo quisiera.

—Pero..., pero me dijiste que te gustaba —insistió la mujer.

—Y me gusta, mamá. Pero lo que realmente me apasiona es la fotografía. Quiero ser fotógrafa.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Primero dejas a tu novio, ¿y ahora te vas a España? ¡Ni hablar!

—Lo haré, mamá. Quieras o no, me iré a vivir a Madrid.

—¡Ni lo pienses! —se opuso Teresa, gesticulando.

—Me da igual lo que digas, mamá. Tengo veintitrés años, soy mayor de edad y creo que ya es hora de que comience a tomar mis propias decisiones.

—Disgustos. Sólo me das disgustos. ¿Por qué no puedes ser una

buena hija como lo es Lucy? —Ana fue a responder, pero su madre prosiguió—: Y por si fuera poco quieres irte a vivir a Madrid, a una ciudad que sabes que no me trae gratos recuerdos, y..., y...

Ana suspiró. Su madre era española, concretamente de Madrid. Pero tras conocer a su padre y casarse con él se había marchado a Londres para vivir en su acomodada casa de Saint James's, olvidándose de que en su juventud, después de salir del orfanato, había vivido en un pisito de setenta metros en Villaverde.

—Mamá, basta ya. Por favor, ¿quieres escuchar lo que Pato tiene que decirte?

—Sabéis que siempre me ha gustado la fotografía y que he hecho varios cursos que me interesaban además de mis estudios de derecho. He intentado ser una buena hija, aunque mamá piense lo contrario, y simplemente necesito cambiar mi vida —dijo gimiendo—. Quiero comenzar de nuevo en otro lugar, y por eso he aceptado ese trabajo en Madrid, porque mi intención es coger experiencia e intentar abrir mi propio estudio de fotografía.

—Eso te lo puedo proporcionar yo, cielo —respondió su padre, emocionado—. Si tú quieres, yo puedo procurarte tu estudio de fotografía sin necesidad de que trabajes para otros y...

—Papá —lo cortó—, siempre me has hablado de lo importante que es luchar por lo que uno quiere. Tú siempre me has dicho que una de las cosas de las que estás más orgulloso a nivel personal es de haber logrado ser quien eres por tu trabajo. Y eso quiero hacer yo. Quiero conseguir las cosas por mí misma y no por ser la hija de... Por favor, entiéndeme, necesito hacerlo y..., y... alejarme de Londres.

Sabedor de que a su hija le pasaba algo, se apartó con ella unos metros y le preguntó:

—Cariño, ¿qué te ha ocurrido para que quieras marcharte?

—Nada, papá —mintió—. No me ha pasado nada. Pero quiero comenzar de nuevo en un sitio en el que yo pueda ser yo.

«Alejarme de Londres.» Aquella frase a Frank le había tocado el corazón. Su hija no lo estaba pasando bien y estaba convencido de que no todo se debía a la separación de Warren. ¿Qué ocurría? Aun-

que el no saber lo inquietaba, tampoco quería ser indiscreto y preguntar. Si Ana tenía algo que contar, ella misma lo haría. Pero no quería ver sufrir a su pequeña, y en los últimos meses, especialmente en los últimos días, la muchacha no estaba bien y lo veía en su triste mirada. Aquello le atenazaba el corazón. Ana era una luchadora, no una persona materialista como Lucy. Siempre había intentado conseguir las cosas por sus propios medios, y eso a Frank lo enorgullecía. Después de mirar a su histérica mujer, clavó la vista en su hija y, convencido de que era lo mejor, dijo:

—De acuerdo, Ana. Te apoyaré en tu decisión, pero prométeme una cosa.

—¿Qué, papá?

—Que siempre que necesites ayuda, sea para lo que sea, acudirás a mí, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, papá. Te lo prometo.

Dicho esto se fundieron en un candoroso abrazo mientras Teresa, como era de esperar, se desmayaba ante la inminente marcha de su hija.